



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

Rolo del Ande

A Rolando Barrientos Sanz
"in memoriam"

I

La noche de pedrería,
del alto cielo orureño,
cubrióse súbitamente
con un agorero velo.
En el aire conmovido
reinaba extraño silencio.
La luna, que había asomado,
trazó un sendero en los cielos,
para que, por él, subiese
el "ajayu" de un moreno,
hasta llegar con el paso
de su danzar al empíreo.

II

En filigrana de plata,
tejió su trama la luna,
que esa noche iluminaba
del moreno la apostura:
el sombrero renegrido,
rico poncho de vicuña.
Al aire un amplio pañuelo,
que es de seda, todo albura.
El Camino de Santiago,
hollaba en la noche muda.

III

¡De pronto estallan las bandas,
con frenético compás!
Se estremecen las estrellas
al ritmo del carnaval.
Quintaesencia del ancestro
de un tiempo ya sin edad.

IV

Bailan los morenos, bailan
en la danza del ritual,
hasta los pies de la Virgen,
Patrona de la ciudad.

V

Gira la matraca y cruje
con su traca traca tá,
siguiendo al guía que baila
¡Rolando Barrientos Sanz!

Carlos Condarco Santillán
Cotochullpa, 18-VII-2026

Revista digital de cultura
Año XXXVIII, Número 766,
domingo 2 de agosto de 2026



Oscar Martínez (izq.) y Rolando Barrientos (der.), en la inauguración del monumento al compositor José Jach'a Flores.
Foto: Benjamín Chávez.



El Rolo del Ande y la banda Poopó

Edwin Guzmán Ortiz

“¿Surgió de bajo la tierra?
¿Se desprendió del cielo?
(*Oliverio Gironde*)

En medio de vibrantes morenadas y la colorada constelación de los músicos de la Poopó emerge la relampagueante energía de Rolando Barrientos. Ni músico de la banda ni danzarín de disfraz, una mezcla de todo eso y es más, una aparición color de vicuña con ademanes de mallku, algo así como una exhalación bajada del cielo subida de la tierra.

Pulcro afinador del espíritu. Ritma Rolo pasos y compases embistiendo el aire enserpentinado de la tarde. Canta y encanta el cuerpo generoso de la fiesta. Parece que tocara algún bombo secreto, que pulsara una batuta invisible; con la poderosa polifonía de la banda urde el contrapunto preciso en el que giran los penachos azules y amarillos de la morenada.

Nadie como él comulga con el fluido cálido de los metales. Sus manos reparten las notas, su danza marca el ritmo inmemorial de las matracas. Poeta del gozo, amanuense del “Sirinu”, enardecido artesano del brío, su paso pesa e inscribe la pasión de la desmesura.

Confidente de don Sinforiano Gonzáles y don Marcelino Flores. Itinerante, con la banda Poopó recorre el altiplano y el valle. De cada músico guarda un secreto, de cada instrumento una memoria de viento.

El Rolo del Ande expande su alborozo a la Central. Consagra el fervor de los morenos con la banda, enciende la algarabía del público, abraza la devoción a la Virgen con el hedonismo andino. Su fe trama filosofías de poncho y sombrero, aquellarres de trompeta y platillo. La exultante tarde de carnaval lo conoce por su modo de vivir junto a la fiesta, por su modo de morir junto a la fiesta.

Antropologías itinerantes (VII)

Educación y formas de existencia

Javier Reynaldo Romero Flores

En el debate público boliviano, la educación suele pensarse como un asunto técnico y la política como un campo institucional separado de la vida cotidiana. En medio de esta división artificial, la familia queda relegada al ámbito de lo privado, como si no tuviera ninguna incidencia en la formación de lo político. Sin embargo, desde una mirada antropológica crítica, esta separación resulta insostenible: educación, familia y política forman un entramado inseparable en la producción de subjetividades y sentidos de lo común.

La familia es el primer espacio educativo, no porque enseñe contenidos formales, sino porque transmite formas de estar en el mundo. Allí se aprenden nociones de autoridad, reciprocidad, jerarquía, cuidado, conflicto y pertenencia. Estas experiencias tempranas configuran disposiciones que luego se reproducen, se refuerzan o se tensionan en la escuela, la universidad y el espacio público. Ignorar este proceso implica reducir la educación a un simple mecanismo de instrucción y la política a una práctica ajena a la vida cotidiana.

La educación formal, lejos de comenzar desde cero, se apoya sobre esta base previa de socialización. No obstante, la escuela moderna ha tendido a negar esta continuidad, imponiendo un modelo educativo que desvaloriza los saberes familiares y comunitarios, especialmente cuando estos no se ajustan a la racionalidad moderna-colonial. En este gesto se produce una ruptura: el sujeto aprende que lo que trae de su experiencia familiar no es conocimiento, sino obstáculo. Así, la educación contribuye a la fragmentación de la subjetividad y a la deslegitimación de las formas propias de vida.

Desde esta perspectiva, la relación entre educación y política

no puede limitarse a la formación de ciudadanos formales. La política se aprende —y se ejerce— mucho antes de la participación electoral. Se aprende en la manera de resolver conflictos en el hogar, en la distribución de roles, en las prácticas de solidaridad o exclusión, en la relación con la autoridad y en la forma de concebir lo común. La antropología permite visibilizar que lo político se produce en la cotidianidad y que la familia es uno de sus escenarios fundamentales.

En los contextos andinos, esta relación adquiere una densidad particular. Las prácticas comunitarias, los rituales, las fiestas y las formas de organización familiar, enseñan una política de la vida común basada en la reciprocidad y la continuidad colectiva. Estas pedagogías, sin embargo, han sido sistemáticamente subestimadas por el Estado y por los sistemas educativos, que privilegian una formación orientada al individuo y al éxito personal.

Pensar la educación desde la relación entre familia y política implica asumir que formar no es solo transmitir conocimientos, sino orientar formas de existencia. Implica reconocer que no hay neutralidad posible: toda educación refuerza o cuestiona un orden social determinado. Recuperar esta relación es una condición para una educación que no reproduzca la colonialidad del saber ni la fragmentación social, sino que habilite procesos de re-existencia y producción crítica de lo común.

En última instancia, sin una comprensión profunda del vínculo entre educación, familia y política, seguiremos diseñando políticas educativas que hablan de transformación, pero que desconocen los lugares donde esa transformación comienza realmente: la vida cotidiana.



el duende
director: benjamín chávez
director honorario: luis urquieta molleda (†)
consejo editor: edwin guzmán o.
patricia urquieta c.
erasmo zarzuela
martín zelaya s.
coordinación: julia garcía o.
duendeoruro@gmail.com

el duende no comparte
necesariamente las opiniones
de sus colaboradores.

www.elduendeorurocultural.com



Trágico, no, mágico

Sergio Gareca



Rolando Barrientos Sanz y Sergio Gareca. Foto: Alma tunante.

Querido Rolo, no sabes desde dónde te estoy escribiendo. Lejos de Oruro. Por... por algo una de las interpretaciones de su significado es “la luz de la luz”.

Lejos estoy de esas luces maravillosas donde también hemos buscado caos y oscuridad.

Raro es esto de escribir para los muertos. Recientemente la respetable señora de negro ha mirado el reloj y ha dicho que ya es la hora. Penosamente tu hora.

Yo estuve contento de que esa hora llegara. Contigo, acompañado de tus hijos, con otra claridad sobre la vida. Sin la gente falsa que a veces nos rodea. Si uno lo ve con optimismo, fue lo mejor: tener el amor de tu familia. No ha sido algo trágico, sino mágico.

Como es nuestra costumbre, llegar a tener sensatez porque hicimos muchas travesuras. Y los últimos trece años fui tu escudero de los carnavales y otras correrías.

Pero antes vos ya eras un travieso. Y quiero empezar por contar esa anécdota que vos me decías de tu juventud:

Un buen día, con un amigo en común a quien no quiero nombrar para no conjurar sin motivo, estaban contigo en ese tránsito de noche al día, con la locura en las venas, y decidieron saber qué se siente estar muerto. Entonces se metieron al cementerio y, uno al lado del otro, entraron en dos nichos vacíos a conversar, como si fueran dos personajes del boom latinoamericano.

Ya aburridos de esa circunstancia, se salieron de las tumbas y, contentos de tener vida, compraron flores en la puerta del cementerio. Todas las flores que podrían comprar con casi todo su dinero. Sobrando para contratar un taxi e ir regalando flores por todo Oruro. Para terminar en el bar: “Aquí me quedo”, saludando a doña Luz. Regalando las últimas flores a los parroquianos.

A veces uno escribe su destino sin querer.

En mi cabeza y en mi corazón, ese es tu funeral: una cosa al revés. Porque siempre nos han gustado hacer las cosas diferentes y a contra ruta. Saliste de tu tumba para regalar flores al mundo. Para bailar con nosotros ese MP3 que tenía mil morenadas y que no escuchamos una sola vez de corrido, sino varios días.

Has salido de la muerte más antes para contar historias de Napoleón, de Wagner, atender la Galería Imagen, y hablarme siempre de George Serrano, de Said Masud, de Coco Zavala, de cómo Luis Espinal fue a cenar una vez a tu casa.

Ahorita yo te conozco tal vez mejor que muchos, porque fui el último en recogerte de la puerta del Socavón, cruzar la calle 13 e irnos por la serpiente dorada del carnaval.

Y como te conozco, yo sé que ahorita ya te has vuelto a salir. Habrás descansado un ratito no más. Y bien rasurado

y peinado, con tu poncho de vicuña y tu sombrero, tus lentes oscuros y guantes blancos, ya has tomado una nave hacia el más allá. A ser el primer animador y adelantado de la banda intergaláctica Poopó en el hiperespacio, donde está la Nueva Home. El nuevo hogar.

Allá lejos nos encontraremos, querido amigo, en otro planeta que será otro barrio de Oruro.

Y las huestes de Adolfo Mier, dirigidas por don Carlos Condarco, Benjamín Chávez, y los acólitos Alma Tunante, Jimmy López, Franz Ramos y todos aquellos que te quisimos, vamos a saludarte en tu paso triunfal por la plaza central del otro mundo, total este mundo ya lo conquistamos tantas veces.

Un hombre baila su última morenada y pronto morirá

Marcela Araúz

Admiré a Rolando Barrientos durante 25 años, aunque bailé solo cinco en la Morenada Cocani. Él era uno de sus fundadores, pero mucho más: fue un ícono de la morenada de Oruro.

Aún tengo la mirada fija en los pies de Rolando: los imagino contorsionándose, avanzando con delicadeza. Aunque hoy esos pies ya no bailan, ya no se mueven. Ya no hay en el mundo nada más quieto que los pies de Rolando Barrientos.

Sus manos señoriales tomadas a la cintura estaban revestidas de guante blanco y el mentón hacia arriba. Era un *dandy* que se abría paso a ritmo de trombones. “¡Rolo! ¡Rolo!”, grita la multitud. Una multitud pequeña, sí; pero en la que todos saben de ese hombre aguileño, en la que todos quieren ser como él. Quieren bailar como él... como quien reza.

Con los platillos de la banda resonando detrás de él y su



Rolando Barrientos Sanz en la plaza 10 de Febrero. Foto: Alma tunante.

línea de “achachis”, morenos entregados al ritmo, “Rolo del Ande” se abría paso como si no hubiera nadie más en la fraternidad. Como si no hubiera

nadie más en el mundo. No fui la más cercana –ni mucho menos– a Rolando, pero desde que lo conocí supe algo rotundo e innegable: era él de

donde emergía el resplandor. Luego, en la fiesta de la fraternidad, estaba en la cabecera de la mesa y todos le escuchábamos con el mismo fervor.

“Rolo del Ande” fue, además, un tipo sabio: cervezas más, cervezas menos, hablaba de ese país en perpetua construcción que es Bolivia. Y “la Cocanis...”, la “Cocanis” era su patria.

Hay que saber que la Cocanis no es cosa fácil: tiene la soberbia de quien sabe que baila como ninguna, con garbo en las venas; indisciplinada a veces, la libertad revierte osadías. Cada sentir es una convicción. Ahí lo recuerdo a él y a su bloque de morenos y pienso en Emma Goldman: “si no me dejas bailar, no quiero tu revolución”. Yo soy cocani. En esta vida no soy nada más, pero por fortuna, no soy nada menos.

La última vez que hablé con Rolo fue hace cuatro años. Le agradecí su forma de bailar. “Te pareces tanto a dios, a un dios”, le dije. Este año, en febrero, de lejos, le extendí mi mano con euforia, con amor, con la “Aromeñita” sonando.

Ofrenda

David Portillo

*Tendrán que reptar seis caderas de serpiente
tarareando morenadas desde el vientre.
tendremos que aguantar el carnaval
con la ausencia de su hermoso lunar.*

Luna de plata
luna desnuda
luna que baila en la oscuridad
Reposa el sol
soñando la noche
que uru y aruma se encontrarán
Sol de los tiempos
oro del cielo
padre que alumbra el amanecer
Duerme la luna
soñando el día
que fuego y agua fecundarán

Desde pequeño recuerdo
cuando la khoa me hacía llorar
enrojeciendo el reflejo
de mi carita en la soledad

Hasta que dijo mi abuelo
que las estrellas piden comer
cenizas del infinito
dulces misterios dentro
del ser
Desde entonces yo comprendo
cuando es momento para sembrar
cuándo es tiempo de cosecha
cuando me toca no respirar
Desde entonces yo comprendo
cuando no importa ya preguntar
cuándo toca despedirse
cuando el principio vuelve al final
cuándo toca despedirse
cuando al final se vuelve a empezar

30/07/2026



Rolando Barrientos Sanz y el compositor David Portillo. Foto: Benjamín Chávez.

Un momento (infinito) con el Rolo Barrientos

Martín Zelaya



Ya no llores más negrita,
la Pagador ha vuelto a la Central...

Han pasado 35 años desde el primer carnaval.

Quinceañeros inquietos en las graderías, aún en la Pagador. Nuestros primeros escarceos con las cervezas; la inexperiencia y novatez velozmente superadas.

El deslumbramiento vino de la mano de la magia misma del espectáculo, claro está; pero fueron de inestimable valor algunas pequeñas pistas y conocimientos previos: la por entonces muy en boga tarqueada (“en esta comparsa, todos los jóvenes, con sus serpentinatas...” y una referencia fundamental: “el Rolo Barrientos es la máxima autoridad en la morenada... fíjate cuando pase la Cocani”).

A la morenada de mis amores,
a la morenada de mis abuelos...

Dicho y hecho, y para siempre. Fueron déca-

das de esperar a la Cocani —lo mejor entre lo mejor del mejor de los carnavales—; al principio en las mañanas, luego en las madrugadas, y divisar, antes que nada, entre el mar de ponchos de vicuña que rodeaban a los morenos, al Rolo con su insuperable energía y pasión. Siempre en torno a la Pagador (mientras estuvo).

Su rostro, en esos momentos de éxtasis, resumía y transcendía —todavía no entiendo cómo— el quid de la morenada, de los cocanis. No solo la historia y el conocimiento, sobre todo el sentimiento.

Y luego los pasos cabales, el canto y la arenga irresistibles.

El Rolo Barrientos tenía la receta imprescindible —él constituía el secreto en sí mismo— para terminar de conjugar el paroxismo del carnaval de Oruro.

Y esa fórmula nos queda, para siempre.

A la morenada de mis amores,
a la morenada de mis ancestros...

Jach'a Flores, un moreno de verdad

Rolando Barrientos Sanz

El domingo 27 de septiembre de 1998, El Duende publicó un texto de Rolando Barrientos Sanz, que ahora reproducimos como una mínima muestra de su sensibilidad, su calado reflexivo, su compromiso con la morenada y el Carnaval todo, mediante un texto en el que se despidió de su amigo José Jach'a Flores que había fallecido el 1 de ese mes.

Te vimos llegar a la Morenada Central de Oruro silvando Mantilla de Vicuña en 1981, tema que expresa el origen de la morenada y sentimos tu sufrimiento con la mutilación del “yo te quiero desde el alba ¡ay! linda cocani” cuando la morenada fue fraternidad.

En la Morenada central empezaste una lucha sin cuartel contra la corrupción, el olvido, la falta de respeto moral a las tradiciones y costumbres de tu pueblo, al que siempre defendiste.

Con esta perspectiva, dedicaste tu vida a la recuperación de los valores culturales y al respeto a la comunidad que te dio origen: la Comunidad Cocani.

Nunca antes, compositor alguno había logrado un nivel de reflexión tan profundo con referencia al tiempo histórico y a cada uno de los temas universales como son el amor, la mujer, la madre, el padre y la misma vida.

“Mantilla de vicuña” y “El chal

del abuelo” son composiciones que ubican a la Morenada Central en su pasado Cocani, en un momento en que el olvido merodeaba los rescoldos institucionales. Luego vendría “Chiquita orureña”, una evocación a la estética de la mujer orureña, versión que expandió nuestras fronteras.

Con este tema en tu intensa búsqueda del amor, llegaste para refugiarte en tu madre con “Mamá Panchita” y en el amor leal y sin condiciones de tu madre.

El fútbol, una de tus grandes pasiones, también forma parte de tus composiciones: el club San José en sus mejores años con “Viva Oruro, viva San José”, la selección boliviana clasificada para el mundial con “El bigotón” y, por último, el equipo de tu juventud “Oruro Royal” en sus cien años.

Los cocanis, comunidad fundadora del conjunto Morenos de hace 73 años, hoy Morenada Central, recibió de ti lo mejor

de tu inspiración. Marcaste la filosofía de este movimiento en la recuperación de los valores tradicionales: “La mentirosita”, “El retorno” y “Antes de morir” hablan de ello.

No dejo de sufrir cuando escucho el réquiem “Viva María”, morenada imposible por su profundidad y acento triste.

“Hombre solitario” composición recién conocida en el Carnaval 98 se constituye en tu autobiografía. La búsqueda solitaria del amor simbolizado en una mujer, es la soledad de los cinco eternos días de tu muerte. Cinco mil días de soledad con un mensaje dramático.

Hermano Jach'a: No abandonaremos la lucha que tú iniciaste y reafirmaremos que continuaremos en la recuperación de la tradición cultural de la Morenada Central. ¡Adiós hermano! Hasta que nos encontremos junto a Dios mediante la bondad de nuestra Madre, la Virgen del Socavón.



Alta tensión, tributo narrativo a AC/DC

27 relatos en corriente continua. Ingeniero de sonido: Willy del Pozo

Benjamín Chávez

El libro que hoy nos congrega es *Alta tensión, tributo narrativo a AC/DC*, una compilación de relatos y obra gráfica, compilación a cargo de Willy del Pozo quien además es el autor del prólogo, las notas y toda la concepción del proyecto Acetato, un sello abocado a la publicación de libros similares a este en Ediciones Altazor, como *Gracias totales. Tributo narrativo a Soda Stereo*, publicado en 2017; *Hermosos ruidos. Tributo narrativo a Los Prisioneros*, publicado en 2018, ambos con ilustraciones de Daniel Maguiña, y *El legado de Zaluster. Tributo narrativo a Saurom*, con ilustraciones de Stalin Alva, publicado en 2023.

Lo primero que se me vino a la cabeza, o quizás habría que decir, al corazón, al ver tan solo la portada de *Alta tensión*, fueron los “maravillosos años ochenta, donde nuestro altar mayor estaba compuesto por el equipo de sonido: amplificador, ecualizador, tornamesa y parlantes”, como acertadamente dice Willy en el prólogo del volumen. Esta palabra: “volumen”, es también otra cara expresión en ese ámbito musical ochentero, ya que medía en decibeles la intensidad de lo vivido, en un momento en el que todo era permeado por la música y, de acuerdo a mi propia formación como melómano -aspecto que me hermana a Willy-, sé que era el rock uno de sus principales protagonistas. Es más, y para decirlo honestamente, entre mis 13 y mis 17 años fui un rockero absoluto, esto es, intolerante con cualquier otra forma musical y, dentro de ese estridente universo, AC/DC, por supuesto, y con plenos derechos, ocupaba uno de los fanales de adoración en mi parnaso personal que era, ahora que lo veo en perspectiva, largo y algo tenebroso como la nave de una catedral. No sé cuál fue el devenir específico de Willy dentro de esa cofradía universal que es el Rock, pero a mí, no sé si en algún momento determinado o muy lentamente

y casi sin darme cuenta, me fue corrompiendo el jazz, la música clásica y, como cabe creo, a un latinoamericano, la salsa, el bolero, la murga la cueca, y la música criolla peruana.

Alta tensión es un libro de cuentos, de buenos cuentos elegidos, ordenados y presentados de la mejor manera posible. Hay oficio, dedicación y también pasión en la hechura de este objeto, por lo que digámoslo ya de inicio vale mucho la pena tenerlo y leerlo.

Escribir sobre música es un alto desafío. Sobre todo si lo que nos proponemos es transmitir mediante las palabras, la emoción y la adrenalina que nos hicieron sentir las notas musicales en el momento de la escucha. Esa es una reflexión que apunta al centro mismo de la creación literaria, y cabe pensar en ello ante un libro con este. Sin embargo, sin que tal cuestión quede fuera, las 27 narraciones de *Alta tensión* nos llevan por senderos insospechados. No son un testimonio de la experiencia estética de la escucha *per se*, sino que nos hacen partícipes de muchas y muy variadas vidas. Este libro nos permite sumergirnos en lo que le ocurre a la gente que se ha congregado por un momento -mágico momento-, en torno a la música de su banda favorita.

Pongamos como ejemplo el concierto de AC/DC en Buenos Aires, en el estadio de River, ese concierto grabado el 2009 y que es un show absolutamente lleno de potencia que no da ni un minuto de respiro o tregua. Y bueno, para qué un rockero de ley habría de necesitar una tregua no? En ese concierto, que puede verse en Youtube, y que en alguna parte del libro Willy también lo declara, creo, como su favorito, vemos a miles de miles de personas saltar, gritar, cantar y, por supuesto, no sabemos nada de ninguna de ellas.

Pues bien, leer un libro como este, podría ser una manera de asomarnos a conocer a algunos de esos fans -hablando, claro, en sentido figurado- que, con vidas tan singulares, como las de todos nosotros, se mezclan en la delirante uniformidad de una multitud rockeando. Entonces la

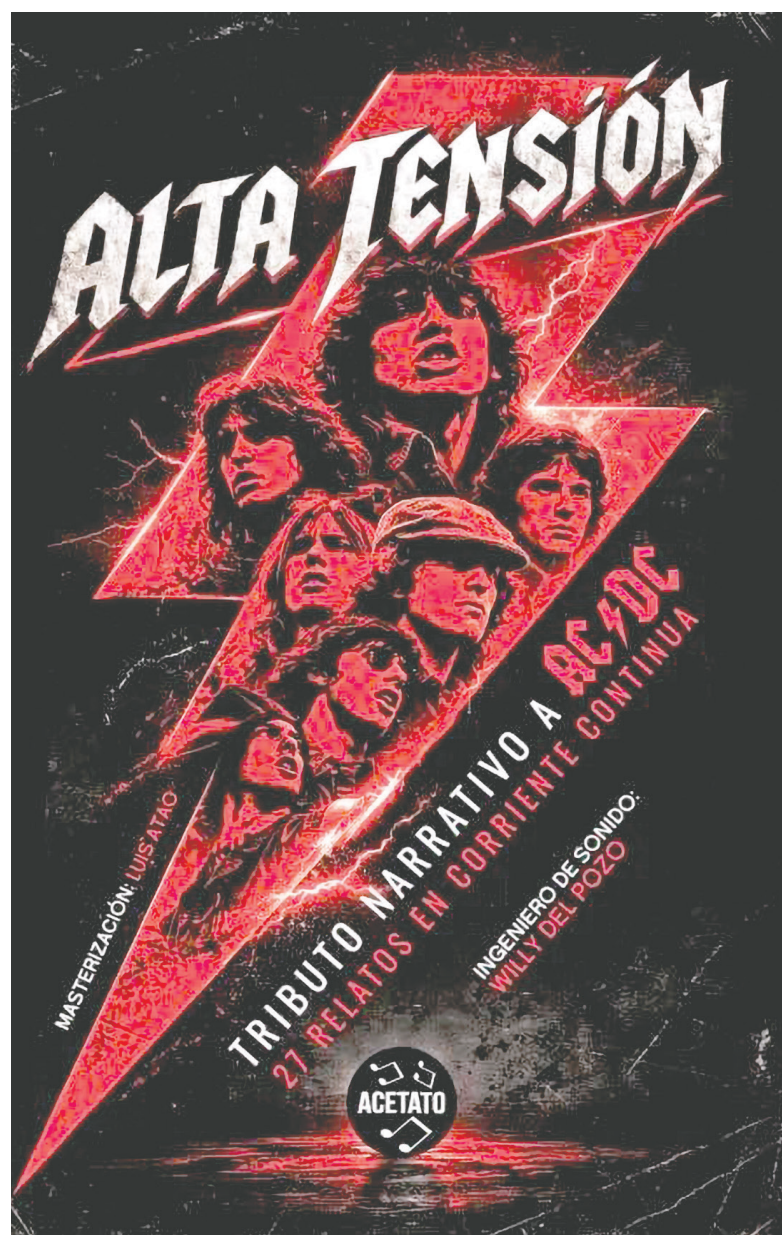
música esta presente en este libro como un ruido de fondo del universo y nos sentimos hermanados y cómplices de una grande, inmensa tribu que tiene un santo y seña y por eso puede sobrevivir a los avatares de la cotidianidad.

Así, las páginas de *Alta tensión* nos sumergen en situaciones muy diversas protagonizadas por personajes no menos variados, en una experiencia enriquecedora, claro, desde el punto de vista literario, dada la calidad de escritura de los relatos, pero también, nos hacen partícipes de un momento gozoso, porque nos devuelven a la experiencia colectiva de pertenecer a la hermandad de la locomotora.

La mayoría de los escritores antologados en el libro son peruanos, pero hay también cubanos, españoles, dominicanos, argentinos y hasta una narradora potosina: Eliana Soza Martínez. Solo como muestra de la rica variedad del libro mencionemos brevemente el cuento de nuestra compatriota, por cercanía geográfica “Altopuertana”

This house is on fire, narra la historia de una colegiala harta de la mojigatería de su madre y un incesante peregrinar por varias ciudades desde que su padre las dejara. Recala así en Potosí donde encuentra una casa quemada que la atrae y una vez que se anima a entrar en ella, se siguen una serie de visitas cotidianas a ese lugar que se constituye en su refugio. Allí suceden encuentros que no detallaré y, en determinado momento tres personajes escuchan la canción que da nombre al relato.

Tal y como Willy lo detalla en “Cortocircuito”, el texto introductorio del libro que esta atinadamente ordenado de acuerdo a la discografía de la banda australiana, el disco “*Flick of the Switch*” vio la luz en 1983 y es el octavo volumen de los australianos. Fue el retorno a su sonido más crudo, más básico, más directo. Fue grabado en menos de un mes e incluso la portada mostró ese deseo minimalista de sencillez con un dibujo a lápiz en fondo blanco de Angus Young con su traje de colegial y accionando un enorme interruptor eléctrico. «This House is on Fire» de la bolivia-



na Eliana Soza nos presenta una casa misteriosa, vieja, arrasada por el fuego, el lugar idóneo para una pareja de jóvenes inadaptados que buscan en la música su razón de ser, convencidos de que el pasado siempre trae cola, como un ente del más allá, para bien o para mal”. Hasta ahí la cita del prólogo.

Pongamos otro rápido ejemplo de temática, de tono narrativo del libro y poder atisbar así su contenido. Leo un párrafo del cuento Back y Black del escritor puneño Christian Reynoso: “Han crecido juntos en el barrio; han destrozado sus oídos con los mismos grupos de *hard rock*; han soñado juntos con tocar las mismas canciones sobre un escenario; han compartido a la misma chica, en un momento de drogas, alcohol y *heavy metal*, y nunca se han odiado por eso; han ido juntos a comprarse las casacas negras de cuero que luego se han vuelto inseparables de sus indumentarias;

y juntos se han hecho adultos, siempre corriendo, siempre imponiendo su voluntad, siempre en música; por eso, le duele la traición”.

Así avanza *Alta tensión*, a lo largo de sus casi 250 páginas, como una larga sesión de escucha de la discografía de AC/DC. Al final del volumen, en la sección “Encore” hay 4 adaptaciones de letras del grupo a viñetas. Y ese detalle termina por redondear el libro como un objeto precioso que merece ser guardado -para ser hojeado y releído cuantas veces sea necesario- junto a la colección de discos de vinilo que es, como muy bien se sabe, el tesoro de todo melómano, en torno al cual gira la vida y el resto del mundo, pues, como dice Hemil García, uno de los autores del libro, en su cuento Live Wire: “la vida era una suerte de eventos encadenados en los cuales todo se resumía a escuchar rock, tocar un instrumento y beber cerveza”.

Ribera-alta una mirada desde las entrañas

Lupe Cajías

María del Carmen Castedo de Valle (Riberalta, 1953) decidió hace muchos años cumplir con un anhelo juvenil, quizá nacido en su inconsciente desde que abandonó la tierra natal para ir a estudiar al páramo. El destino no le permitió volver a habitar en la selva amazónica nunca más. En cambio, se esforzó por cumplir la promesa de contar a los demás cómo era su patria chica, quienes la habitaron y poblaron, cómo creció, por qué fue como un inmenso espejismo y por qué hasta ahora es parte de la mítica Tierra sin Mal.

Carmen, de profesión abogada, de oficio costurera y de vocación escritora- mejor dicho, contadora de historias-, no quiere relatar una historia épica de héroes, guerras y decretos, sino la vivencia profunda de un pueblo ya centenario enclavado en el cruce de dos ríos en plena floresta misteriosa.

Riberalta, como otras poblaciones cercanas a la influencia del Amazonas, mantiene una imagen de paraíso, de infierno verde y de glorias efímeras. Pocos habitantes de las tierras altas bolivianas conocen o siquiera imaginan cómo son realmente las pampas benianas y cómo desde las últimas estribaciones de la Cordillera de los Andes se va enmarañando el paisaje con árboles, luces, sombras, ríos inmensos y el interminable sonido de millones de animales, desde los petos a las cigarras, desde los monos a los jaguares y los cientos de aves surcando los cielos.

Para el forastero, la entrada a la selva fue siempre una mitología, desde la búsqueda fantástica de El Dorado, el Gran Paitití, hasta el descubrimiento de un río tan ancho como el mar y tan feroz como el desierto. No por nada, Francisco de Orellana lo bautizó como Amazonas, en lejano recuerdo a esas mujeres guerreras que se cercenaban un pecho para



Reunión de los colectivos culturales de Riberanta con la autora Carmen Claire, la presentadora del libro Lupe Cajías y el editor José Antonio Quiroga.

disparar sus saetas.

Orellana había partido con pocos hombres y recursos en busca de la canela, especie igualmente rodeada de epopeyas y fábulas. Igual que siglos más tarde, José Manuel Pando, Jaime Mendoza, Lucio Perez Velasco irían detrás de la quina, o Nicolás Suárez y Antonio Vaca Diez detrás del caucho, no solo por su significado económico sino por su faz de quimera. Desde ahí se escribieron decenas de biografías que parecen imposibles y hasta ahí llegaron prusianos y franceses, italianos y suizos, sirios y cariocas en busca de sus tesoros escondidos, soñando ser protagonistas de gestas heroicas.

La selva amazónica, desde que fue parte de la cultura occidental, ha sido motivo de novelas y cuentos del realismo mágico; el mar verde que se traga a los hombres, como

la vorágine de José Eustaquio Rivera o los ríos y afluentes mitológicos.

Sus habitantes presentaron incógnitas irresolubles a los arcabuceros del siglo XVI o a los exploradores del Siglo XIX y a todos los viajeros. Hubo momentos de compasión en las misiones jesuitas o franciscanas, pero se impuso el abuso secular y una explotación inmisericorde hasta bien entrado este nuevo siglo XXI.

Riberalta fue descubierta, explorada y fundada oficialmente en el auge de la explotación y exportación de la goma elástica. No fue importante durante la colonia española, sino desde fines del Siglo XIX. Situada en la esquina noroeste de la República de Bolivia, en el departamento del Beni, la localidad ocupó la atención de gobernantes y comerciantes con la quina y sobre todo con

los árboles de caucho y más tarde con la almendra.

Existen testimonios de viajeros, de enviados por el gobierno central, de exploradores bolivianos y extranjeros y más tarde de historiadores y de escritores. Claire Castedo se nutre de esos aportes, pero los examina a la luz de quien vivió su niñez y adolescencia en la ciudad y la ama, la conoce y la puede diseccionar.

A lo largo de los diferentes capítulos de su obra, cuenta -sin afanes eruditos, sino con profunda nostalgia y amor por su terruño- los asuntos de su historia, sus diferentes personajes, las referencias de negocios y lugares de ocio, las costumbres y tradiciones, los momentos de apogeo económico, los éxodos, las sucesivas etapas de migración interna y externa, las familias más famosas, las fiestas, las creencias.

El texto se lee fácilmente por la prosa sencilla y pulcra de la autora y por el formato que tiene, de pequeños acápites, con mucha información y a la vez con un estilo ameno.

Será para los benianos, sobre todo para la provincia Vaca Diez, una alegría y un honor contar con este libro para que las nuevas generaciones sepan y no olviden a sus ancestros y reiteren el amor a la cuna que los mecía al nacer.

LUPE CAJÍAS, bisnieta del beniano Antonio Rodríguez Bravo y del alemán Otto Kaufmann que llegó a las zonas caucheras a inicios del siglo XX.

Fotos Ribera Alta de Carmen Claire Castedo, editado por Plural, fue comentado en un acto organizado por la Casa de las Culturas en Riberalta el pasado 2 de julio en los salones del tradicional Club Progreso de esa ciudad beniana.

José L. Calderón. Tipógrafo, editor y voz de las clases obreras

Oscar Córdova Sánchez

Durante las primeras décadas del siglo XX, La Paz tuvo un auge editorial caracterizado por la promoción, difusión y venta masiva de obras nacionales e internacionales. Sin embargo, el mercado editorial era dominado, en su mayoría, por comerciantes españoles, franceses e italianos, quienes, viendo las grandes ventajas económicas que obtenían a partir de la venta de libros importados, fundaron varias sucursales en diferentes ciudades del país. A partir de este dominio extranjero, la insurgencia del comerciante boliviano se hizo notar con la expansión de la industria editorial. En este contexto se destacó José L. Calderón, quien no solo fundaría su propia editorial, sino que sería portavoz de las clases obreras.

Nieto de Pedro José Calderón de la Barca, nació en 1861. Proveniente de una familia de escasos recursos, destacó por su inteligencia en el Colegio Seminario, decidiendo, una vez finalizado su bachillerato, inclinarse al estudio eclesiástico, donde tendría lecciones académicas en la Facultad de Teología. Pero su insatisfacción con la enseñanza por parte del clero le hizo declinar sus estudios que había realizado durante su primer año. Posteriormente, decide ingresar a la Facultad de Derecho, donde aprendería varias nociones sobre las leyes sociales en favor del obrero. Paralelamente, para mantener su subsistencia, trabajó como tipógrafo donde, según sus propios descendientes, “ensambló su espíritu con el de la gente del trabajo”.

Particularmente, los tipógrafos eran los primeros en tener contacto con el panorama intelectual del momento, debido a que estaban detrás de toda publicación que se hacía mediante folletos, ensayos, revistas y prensa, esta última en conexión íntima con las informaciones más importantes del día, redactada por destacados colaboradores que eran políticos, diplomáticos, novelistas, poetas, médicos, sociólogos, catedráticos y periodistas. Calderón pudo tomar relación con las nuevas ideas venidas a menos al iniciar el nuevo siglo y fue adhiriéndose al Partido Liberal, el cual llegó al poder después de la Revolución Federal. Fue en ese momento la era de la modernización, basada en imponer ideas foráneas para el crecimiento y desarrollo del país, colocando el progreso como bandera de ejemplo civilizatorio. Al ser la sede de gobierno el núcleo de ideas nuevas, inmediatamente las obras importadas serían de mucha demanda en los universitarios, profesores y políticos, declarando guerra abierta contra todo sector conservador, reaccionario y eclesiástico.

De esta manera, el sector gremial se alimentaba de los discursos y debates del momento, iniciándose la autoformación en el individuo que sabía leer y escribir. Además, las leyes eran más amplias en cuanto a su funcionalidad “teórica”, calmando las ambiciones políticas de varios trabajadores. Calderón tendría ese precepto de dar amplio alcance con

obras bolivianas para educar al obrero y, poco a poco, comienza a formarse en el trabajo editorial. Dejando sus estudios de leyes, se dedica a la tipografía y funda, primeramente, Talleres Gráficos La Prensa, casa editora ubicada en primera instancia en la calle Junín. Su primer trabajo que le encargaron fue la *Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Dr. Claudio Pinilla al Congreso Ordinario de 1906*, texto gubernamental para presentar todos los proyectos realizados durante esa gestión. Además, para celebrar el centenario del 16 de julio, edita el folleto *16 de julio de 1809* (1909) de Leonardo Guzmán, composición poética en homenaje a los héroes de aquella fecha. De esta manera, su simpatía por el partido de turno, liberal y paceño se acentúa al requerir sus servicios, como también su colaboración, ya como editor, de los periódicos El Telégrafo y El Liberal.

Una vez instalada su sucursal, decide inclinarse hacia la política, tan arraigada a mantener en el poder a los suyos; él procuraba tener un puesto para poner en demanda las medidas sociales que se darían con el movimiento gremial paceño. Es así como en 1910 logra ser diputado el “tipógrafo liberal” Calderón en reemplazo del abogado Bautista Saavedra, medida astuta que Montes determinó para calmar las ansiedades del obrero que pedía acciones benéficas para su colectivo. Para ese momento de su investidura, era fundador de la Federación Obrera y la Unión Gráfica Nacional, siendo apoyado por varios sectores obreros que veían en él al portavoz de sus ideales y quejas. En ese preciso momento, para dar conocimiento de sus dotes de investigador, publica una serie de documentos históricos transcritos en *El Comercio de Bolivia* sobre la actuación delatora de Pedro José Calderón de la Barca ocurridos meses antes de la gesta libertaria del 16 de julio de 1809. Desmenuza todos los textos escritos hasta ese momento sobre los hechos y disiente de los comentarios de Luis Crespo, Rigoberto Paredes y Rosendo Gutiérrez, quienes recubren con poca información la verdadera actuación del antecesor de Calderón. Con los documentos transcritos y con una dedicatoria a los representantes cochabambinos, publica en su editorial *Apuntes para la Historia* — Héroes desconocidos, describiendo algunos detalles añadidos a la cuestión mencionada líneas arriba.

Mientras se consolidaba su posición en el parlamento, las casas editoriales se multiplicarían con la publicación de obras de autores bolivianos, siendo las editoriales Arnó y González y Medina, ambas manejadas por comerciantes españoles y equipadas con su stock de libros franceses y alemanes importados, las que acaparaban gran parte de la clientela a nivel nacional, reduciendo a sus colegas a realizar labores netamente de venta de libros o de editar algún panfleto o folleto de bajo costo y de pocos ejemplares. En cambio, estas editoriales agarraban grandes contratos con intelectuales nacionales para sacar miles de ejemplares, siendo la marca exclusiva para que estos ya no dependan de editoriales extranjeras que publicaban sus obras con erratas y omisiones. Pero que, irónicamente, seguían cumpliendo con



José L. Calderón

esa misma función las editoras españolas dentro del país. Debido al crecimiento de la industria editorial, Calderón cambia el nombre de su empresa a Casa Editora Talleres Gráficos La Prensa con su nueva dirección en la calle Bolívar, a tan solo unos metros del Palacio de Gobierno. Ubicación estratégica que posicionaría a esta editora boliviana entre las principales, compitiendo con sus colegas y ampliando el mercado del libro a diferentes lectores.

Calderón, si bien se destacaba como un profundo reivindicador del movimiento obrero, procuraba siempre mantener su postura liberal sin detenerse en cuestiones de ideologías socialistas o comunistas. Denominándose como “liberal doctrinario” que peleaba por una legislación obrera, incluyó facilidades laborales en el rubro comercial del artesanado e impulsó proyectos de ley que dignifican al empleado del abuso del jefe. Así, poco a poco, tendría más seguidores que con el tiempo serían conocidos en la historia del movimiento obrero boliviano, como también su capacidad para captar obras inéditas y publicarlas en su editorial. Es así como buscaría grandes firmas para difundir sus trabajos en los siguientes años.

Poco a poco, la editorial se extendería en el radio urbano paceño para convertirse en un instrumento cultural de publicación de obras bolivianas, motivando la publicación de obras inéditas que fueran a incrementar el campo intelectual de la investigación de nuestro pasado, así como el análisis del presente mediante ensayos sociológicos y homenajes a personajes gloriosos del pasado a través de las biografías; bajo esta modalidad tendría su bautizo en el campo de la historia con la publicación de las obras del presbítero Nicanor Aranzaes (1849-1927), destacado historiador, lingüista y periodista de filiación liberal que tuvo en resguardo un trabajo inédito sobre las genealogías de los antiguos vecinos de la ciudad de La Paz, acumulando varias biografías desde la época del incario hasta finales del siglo XIX, consultando actas de bautismo, matrimoniales, manuscritos parroquiales y entrevistas a varios historiadores de su época. Labor que duró 25 años hasta su publicación en 1915 bajo el título *Diccionario Histórico del Departamento de La Paz*, obra de más de 700 páginas donde se pueden leer, en orden alfabético, aquellos ciudadanos de antaño que vivieron en aquella ciudad. Labor ardua para ejecutar el proyecto de edición y com-

paginación que en esa época podría llevar a la quiebra a cualquier casa editora que se disponga a financiar semejante trabajo monumental que, sin embargo, Calderón puso empeño para realizar esta gestión, consiguiendo que varios clientes, en especial la juventud paceña, adquirieran la obra. Posteriormente, se decide, además del éxito que había tenido la obra de Aranzaes, publicar otro segundo trabajo histórico del mismo autor; esta vez se enfocaría en un recuento, desde la fundación de la República hasta 1903, de alzamientos armados, motines militares, revoluciones, golpes de Estado y conspiraciones que alcanzan al total de 170 entre cuartelazos y sangrientos combates internos. Es así como bajo el título sugestivo *Las Revoluciones de Bolivia* (1918) se difunde en el medio cultural boliviano, siendo, hasta el día de hoy, fuente de consulta para historiadores. Con el paso del tiempo, Calderón acoge a otros escritores como Belisario Díaz-Romero, que publica su famosa obra *Ecclesia versus Scientia* (1921), ensayo histórico que explica los puntos a favor del evolucionismo en contra de la doctrina teológica y la teoría del creacionismo, polémica que fue abiertamente pública contra los ataques de Fray Pedro Marabini.

A pesar de estar al tanto del mercado cultural del libro y su difusión, Calderón anunciaba permanentemente sus obras que nunca llegaron al público: *Historia de la administración del General Andrés de Santa Cruz*, *Ligeras conferencias sobre economía política* y *La psicología de las multitudes en Bolivia*, esta última de fuerte influencia leboniana que explicaría los males producidos por la manipulación de las masas ante los caudillos que rotaban para encasillarse en el poder cada cierto tiempo. Si hay algo que destacar en Calderón, es la función de gestor cultural por promover a precios módicos la venta de sus obras para que sean accesibles al público universitario y obrero, quienes adolecían de un ingreso ecuaníme para obtener libros que realmente construyan un pensamiento crítico que facilite su posición sobre las causas que había que mejorar en la construcción del edificio boliviano, llamando la atención para “mostrar la cultura intelectual ante los países” del desenvolvimiento de la nación. Aparte de las obras de tinte histórico, se vendían folletos, revistas e informes gubernamentales que se exhibían en las vitrinas de las conocidas librerías como Arno, quienes tendieron su mano para promocionar el catálogo editorial de La Prensa. A pesar de su labor encomiable en la difusión de libros, su pasión por la política seguía intacta y que, gracias a ella, lo llevaría a una polémica sobre la censura artística, donde la prensa rechazó esta acción en un momento álgido para la seguridad gubernamental del liberalismo.

En junio de 1917, se encontraría, en un barranco del Kenko, el cadáver del militar y expresidente José Manuel Pando (1848-1917). Se produjo una gran conmoción nacional por encontrar al héroe paceño tendido y sin vida, dando a entender que su deceso no fue azar del destino o la vejez que debilitaba su vitalidad, sino un plan elaborado por sus rivales. La prensa opositora al gobierno

del entonces presidente José Gutiérrez Guerra denunció un asesinato político y culpó al gobierno de eliminar a Pando. Para esos momentos, un pintor autodidacta cuyo nombre era Arturo Borda (1883-1953) estaba destacando en la cultura artística paceña por su cuadro El Yatiri, obra de gran calidad por el trasfondo y el dominio de materiales cuya técnica estaba definiendo su estilo particular. Viniendo de una familia adherida al liberalismo, su posición frente al crimen de Pando lo impresionó al punto de realizar un cuadro de la cabeza del militar tal como lo encontraron, sin ningún intento de endiosar la imagen del caudillo ni vulnerar la imagen del viejo general, simplemente retratar el estado post-mortem.

Creado el boceto a finales de junio y con toda la parafernalia enquistada en el desenfreno social sobre quién mató a Pando, Borda exhibe el óleo de la cabeza del militar a la manera de “San Juan Bautista; una cabeza ensangrentada, una imagen realmente impactante”, a decir de su biógrafo Ronald Roa. Sin medir las consecuencias del acto, el óleo fue exhibido en la Casa Grande, galería comercial de propiedad de su familia, donde los ciudadanos darían sus impresiones sobre la polémica obra. Sin embargo, pasadas las primeras semanas de julio, el cuadro sería retirado de las vitrinas de la galería, generando una polémica periodística en contra de la persona que autorizó dicha acción contra la libertad artística, censurando ideas a través del pincel y el momento. El nombre del autor de la censura sería José L. Calderón, que en esos meses cumplía la función de inspector de la policía del Consejo Municipal y sería el que dio la orden de retirar el cuadro. Buscando dar explicaciones a la comunidad lectora, Calderón solamente había “insinuado” el retiro del cuadro porque era provocador para la gente del “pueblo”, que podría interpretar de otra manera el arte, vulnerando, además, la moral colectiva de la élite paceña. Posteriormente, el cuadro volvería a ser expuesto, pero su paradero después de la polémica es desconocido como los cientos de obras del pintor paceño. Este atropello hacia la libertad de expresión muestra el lado político doctrinario del gestor cultural que, si bien se conocían por su labor sindical en la Federación Obrera del Trabajo, no tuvo reparos en censurar cualquier obra que incite al odio y a la confrontación pública.

Al ver a vuelo de pájaro esta trayectoria del intelectual orgánico con su emprendimiento editorial y la manera en cómo influye en los círculos obreros para fomentar su desarrollo mediante las letras y la historia, crea en Calderón un personaje determinante para continuar con los movimientos obreros incipientes que, poco a poco, se liberan de un pensamiento hegemónico, dando paso a la recepción e interpretación de nuevas ideas, siendo el tipógrafo liberal un guía determinante para el avance de las luchas sindicales tempranas que más tarde tendrían varios representantes de distintos sindicatos con sus propios ingresos para difundir, mediante folletos o ensayos cortos, el pensamiento insurgente de esa Bolivia convulsionada de ideas viejas y nuevas.